

Razones para apostarle a la calidad en la educación superior

Lorena Gartner Isaza

Ahora encontramos una sociedad que critica a la universidad, una universidad que debe rendir cuenta frente a públicos externos y un sistema de educación superior donde actores, habitualmente excluidos (bajo el concepto de autonomía), ahora son copartícipes o hasta protagonistas del cambio.

Rollin Kent

En la actual coyuntura socioeconómica mundial, la educación ocupa un lugar central en el discurso acerca del desarrollo. Es vista como condición de posibilidad para el crecimiento económico, a través del incremento en la productividad competitiva que permita acercar los abismos de la desigualdad. También en ella se edifica la esperanza de cimentar valores orientados hacia la cohesión social, la preservación de las identidades nacionales y la conservación ambiental, para alcanzar el bienestar individual y colectivo.

En tal sentido, la contribución de la educación es estratégica para la modernización del sector productivo en un contexto internacional altamente competitivo y por su aporte a la organización social mediante la formación de ciudadanos en el verdadero sentido de la palabra y, parafraseando a Guillermo Hoyos (2011), fomentando “*el sentido de ciudadanía cosmopolita, basado en la universalidad de los derechos humanos, en su reconocimiento transcultural y en la comunicación intercultural*”.

En el ámbito latinoamericano, desde la Reforma de Córdoba en 1918, la universidad presentó una relativa estabilidad y homogeneidad, caracterizada por una fuerte estructura corporativista basada en el cogobierno, predominio de las instituciones públicas y poca investigación e innovación tecnológica, al igual que énfasis en la formación profesional –pregrado– con baja diversificación de las carreras y ausencia de mecanismos institucionalizados de evaluación.

Desde los años 70 del siglo XX, se empezó a evidenciar un proceso de reinención de la educación superior al socaire de las transformaciones suscitadas en el escenario social; en particular, arrastradas por los fenómenos del crecimiento demográfico, la globalización, la llamada revolución científica y tecnológica aplicada a los sistemas productivos y las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación.

Es así como las instituciones de educación superior (IES) se han visto impulsadas a enormes transformaciones tanto en el desarrollo de sus funciones sustantivas de docencia, investigación y proyección, como en sus formas de gestión. Tales cambios han sido múltiples, entre los cuales habría que resaltar los siguientes:

- a. La expansión cuantitativa de las instituciones educativas de tercer nivel e incremento de la población matriculada con una composición social y cultural diversa, no obstante la aún insuficiente cobertura y falta equidad en el acceso.
- b. La alta diferenciación asociada a la vertiginosa renovación de saberes, a las nuevas divisiones sociales y técnicas del trabajo en virtud de la creciente complejización de los procesos productivos y a la ampliación en la demanda educativa del nivel terciario. En sociedades complejas, el sistema

de educación superior tiende a poseer esta misma característica. En consecuencia, se advierte una gran diversificación en la oferta educativa y en las instituciones de educación superior, las cuales son nombradas de manera diferente, corresponden a particulares modelos y racionalidades en relación con los circuitos sociales en los que se insertan y las diversas orientaciones misionales, desempeñan diversas funciones o enfatizan en algunas, se especializan en determinados campos disciplinares, niveles o nichos de mercado específicos. Conforman, por lo tanto, un panorama bien heterogéneo en el que coexisten instituciones públicas y privadas, incluso instituciones del sector productivo que forman el recurso humano específico requerido por determinadas empresas, universidades, instituciones universitarias, técnicas y tecnológicas, de investigación, de docencia con investigación, de docencia, presenciales y a distancia, entre otras.

c. La oferta educativa dinámica y articulada al mundo del trabajo, como respuesta a la necesidad de actualización derivada de entornos laborales cada vez más competitivos, complejos y cambiantes. En tal sentido, los períodos de estudio y trabajo ya no son secuenciales; ahora, se alternan o son simultáneos a lo largo de toda la vida, lo cual interpela a las IES a una permanente renovación.

d. La competencia y la cooperación como dinámicas contrapuestas que coexisten y en las que está en juego el acceso a recursos, a estudiantes y a académicos, así como el desarrollo de las funciones sustantivas. Visto en positivo, la cooperación académica nacional e internacional entre instituciones se ha desarrollado con la perspectiva de compartir recursos y de potenciar las capacidades para la generación, adaptación y transferencia de conocimientos, y -por supuesto- la insoslayable inserción en un escenario global de conocimiento.

e. El ahogo presupuestal de las IES públicas, que fueron cediendo el lugar preeminente ocupado en la primera mitad del siglo pasado, lo cual ha obligado a la diversificación de fuentes de financiación y a buscar alternativas de bajo costo. Paralelo a este fenómeno, han emergido con enorme fuerza instituciones que responden a intereses de comercialización y mercantilización. Para ambos casos, se advierte una seria amenaza a la calidad educativa, que entre otros muchos efectos conexos ha significado el deterioro de la condición laboral de los docentes en desmedro de las posibilidades de darle continuidad a proyectos académicos de largo aliento y de acceder a la necesaria cualificación en los más altos niveles.

f. Los modelos pedagógicos centrados en el aprendizaje y no en la trasmisión de conocimientos, basados en competencias y en estructuras flexibles en concordancia con el -a su vez- flexible mundo del trabajo, el acceso a las tecnologías de la información y el desarrollo del conocimiento.

g. La pérdida del monopolio como generadoras y difusoras del conocimiento, el cual se está escapando de sus aulas y laboratorios y se ha ido desplazando hacia las empresas y hacia otros escenarios del saber.

Es innegable que la educación superior se ha transformado significativamente. Sin embargo, en tal proceso ha presentado un crecimiento desordenado y no necesariamente acompañado de suficientes niveles de calidad. No en vano se habla del deterioro de la educación superior, para lo cual se suelen utilizar varias metáforas, tales como la universidad sitiada, la universidad en la encrucijada o la universidad en ruinas.

Son enormes los desafíos que las dinámicas antedichas y otras más le plantean a las IES, pero lo más importante es que está en juego la confianza de la sociedad en ellas, dado su rol estratégico en el desarrollo económico y social, contexto en el cual empiezan a consolidarse exigencias de calidad que se localizan en el centro de las agendas de muchas de ellas y de la política pública de educación.

Ahora bien, como lo expresa Jacques Hallak *“la palabra calidad es una de las más honorables, pero también una de las más resbaladizas en el léxico educativo”*, pues posee características que la hacen relativa, compleja e integral.

Es relativa, porque cobra vida en las particularidades de cada proyecto educativo, en aquello que la institución es razonablemente capaz de lograr, dada su misión específica y su inserción en determinados escenarios sociales que se constituyen en los referentes en los que se juega su capacidad para cumplir con su compromiso y satisfacer las necesidades de los actores sociales que hacen uso de sus servicios.

Es compleja e integral porque invoca una multiplicidad de aspectos que conforman un todo en proceso de cambio y que a su vez interactúa con el entorno. El concepto de la calidad en la educación superior es multidimensional y hace alusión al desempeño tanto en sus funciones misionales y de apoyo, como en la excelencia de sus docentes y estudiantes, en su infraestructura, en su entorno académico y en su dirección.

Es así como el compromiso con la calidad supone retos de enorme envergadura. Por lo tanto, podría decirse que no es posible ser mejor al margen de:

- La investigación científica, tecnológica, humanística y artística en sintonía con el saber universal y con alta visibilidad en publicaciones certificadas.
- La internacionalización, con todo lo que ello implica como movilidad de docentes y estudiantes, reconocimientos académicos transnacionales, redes, alianzas multinacionales y publicaciones conjuntas, entre otros aspectos.
- La redefinición de la oferta educativa, en atención a demandas formativas de conocimiento avanzado, fuertemente diversificado y especializado en un entorno altamente competitivo.
- La formación integral de las personas, hacia el desarrollo de la capacidad de abordar con responsabilidad ética, social y ambiental los retos de desarrollo endógeno y participar en la construcción de una sociedad más incluyente.
- La incorporación de docentes con altos niveles de cualificación que logren jalonar los procesos académicos antedichos.
- La generación de sistemas de gestión transparentes, eficaces y eficientes que garanticen los derechos y los deberes de las personas.
- La existencia de sistemas rigurosos de seguimiento a egresados que hagan posible enriquecer los procesos académicos de institucionales.

Por lo pronto, para acortar el camino, podría terminar este listado de exigencias -que se traslapan en el concepto de calidad- con un largo etcétera, que con el paso del tiempo y sus imperativos de cambio irá modificando la connotación de cada una de las categorías que le contienen. Lo que nos hace evocar las palabras del Padre Alfonso Borrero: *“La calidad no es un destino fijo, es un viaje, una idea en ascenso hacia su ideal, una utopía posible, pero inalcanzable”*.

Es de aclarar que los criterios de calidad se enmarcan en la libertad de las comunidades académicas para explorar áreas del saber y corrientes del pensamiento en el desarrollo de la investigación y la docencia, es decir, dentro de la autonomía, entendida -por supuesto- como responsabilidad social y compromiso con el bien común.

El compromiso con la calidad supone la evaluación permanente y, por ende, el mejoramiento continuo y es allí donde se localizan los procesos de acreditación, mediante los cuales el Estado hace público el reconocimiento a la calidad de una institución educativa o programa académico. Por consiguiente, la acreditación es un medio y no un fin, el cual ha de ser la garantía a la ciudadanía toda de un servicio responsable, eficaz eficiente y pertinente. Las acreditaciones que otorga el Estado colombiano son temporales y la búsqueda de su renovación responde al desarrollo

de una cultura de la calidad que se oriente hacia la mejora permanente de los procesos y, por ende, de los resultados.

Lo hasta aquí dicho acerca de la calidad no se agota en el discurso. Se trata de un reto y un deber que representa altos costos desde el punto de vista económico y, por ende, un compromiso real de los proveedores privados y del Estado en la financiación de una educación de excelencia. Está en juego el futuro del país.

BIBLIOGRAFÍA

BRUNER, José Joaquín (2001). Globalización y el futuro de la educación: tendencias, desafíos, estrategias. UNESCO: Séptima Reunión del Comité Regional Intergubernamental del Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe.

HOYOS, Guillermo (2011). La universidad tecnológica y la idea de universidad. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.

MISAS, Gabriel (2006). La educación superior en Colombia. Análisis y estrategias para su desarrollo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

LÓPEZ SEGRERA, Francisco (2010) EDUCACIÓN SUPERIOR INTERNACIONAL COMPARADA (Escenarios, Temas y Problemas). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

RAMA, Claudio (2006). La tercer reforma de la educación superior en América Latina. México: Fondo de Cultura Económica.